

Lucha Peronista

BDC

AÑO I MARZO 1982 NUMERO 0

POR UNA PATRIA JUSTA, LIBRE Y SOBERANA

LUCHA PERONISTA no precisa de mayores presentaciones ni de solemnidades al uso. Se trata, sencillamente, de una publicación peronista que no pretende para sí una originalidad que no tiene. Mejor que nosotros, igual que nosotros, difícilmente mucho peor que nosotros, innumerables compañeros nos han precedido en el pensamiento y en la acción, forjando con su esfuerzo y ejemplo una auténtica escuela y tradición de prensa militante cuyas páginas más modestas nos proponemos apenas emular.

LUCHA PERONISTA es un proyecto que comienza a realizarse. Como publicación peronista, al peronismo se debe, ajena a todo sectarismo, abierta a todas las corrientes. Pretendemos que sea un instrumento eficaz para la lucha intransigente contra el régimen, y contribuya también a la unidad y el debate que nuestro Movimiento precisa. Un instrumento de unidad, porque sin ella nada será posible; un instrumento de debate, para que la unidad nos conduzca al triunfo. Y una herramienta de lucha, porque sin lucha no habrá victoria.

La situación actual es una situación límite, crítica, tanto para el Pueblo en general como para nuestro Movimiento. El fracaso de la dictadura oligárquico-imperialista resulta ya incontrastable, pero no sucede lo mismo con la probable alternativa que habrá de sucederle. Hay que construirle. Esto es responsabilidad de todo argentino, pero es una obligación de todo peronista.

Debemos actualizar nuestro Movimiento, en su doctrina, en su programa y en su organización que debe ser democráticamente resuelta.

Y erradicar de nuestra Patria, definitivamente, todo rastro de explotación y privilegio.

Para ello resulta indispensable la unidad del Movimiento. Es una tarea difícil pero no imposible, y para los peronistas no resulta ninguna novedad. Es un tema tan viejo como el Movimiento y su origen proviene de la vitalidad del peronismo antes que de cualquier oscuro y secreto maleficio. En todo caso, cuando el tema de la unidad no sea un problema y una aspiración, deberemos preguntarnos otra cosa: si el Movimiento existe.

La ausencia del General Perón incorpora un verdadero interrogante a las mejores pretensiones de unidad. Es un auténtico desafío del que depende nuestra realización histórica como Movimiento. ¿Seremos capaces de lograr la unidad sin la presencia del General? ¿Seremos capaces de reemplazar el liderazgo del Conductor por una organización que además de *vencer al tiempo* nos conduzca a la victoria? Todo peronista, a su modo, cree tener resuelto el problema y baraja las más variadas propuestas. Veamos algunas.

Existen quienes consideran que la unidad del peronismo es en realidad una tarea de cirujanos y una cuestión de quirófano y bisturí. Basta con algunas sabias amputaciones para que el Movimiento quede *prolijó* y la unidad sea posible, aún cuando esa unidad resulte minoritaria e intrascendente.

Existen también quienes compartiendo aquella concepción incorporan otro elemento no menos contradictorio.

La unidad será posible —sostienen— pero si el peronismo se transforma, para a ser *otra cosa*, que resultará superior porque así lo sostienen sus creadores sin más fundamentación que la de sus propios deseos. ¿Será acaso porque este nuevo Movimiento que imaginan, a diferencia del anterior, llevará la *marca en el orillo*?

También están quienes ambicionan que sea su Rama o sector —y dentro de su Rama o sector, ellos mismos— los que unifiquen al Movimiento, pero detrás de ellos y dentro de sus ramas, por cierto. Estos compañeros desconocen que la realidad de masas del peronismo ha neutralizado históricamente toda burda intentona de reducir el Movimiento a un partido liberal, sea en la atildada versión *alvearista* del asunto, o en alguna otra un poco más popular pero igualmente *civilizada*, semejante al *laborismo* inglés.

Por fin, no faltan los trasnochados cuyo concepto de unidad resulta todavía más confuso y estrecho que el anterior. Pretenden la revitalización de un verticalismo que con la desaparición del General Perón perdió todo contenido y quedó definitivamente deshilachado en las experiencias posteriores inmediatas a su deceso.

Estos verticalistas son los primeros inconsecuentes. Ignoran deliberadamente la última voluntad del General: *Mi único heredero es el Pueblo*.

LUCHA PERONISTA se pronuncia por la reorganización democrática del Movimiento, lo cual significa que se pronuncia por la reorganización democrática de todas y cada una de sus Ramas. Naturalmente que la reorganización democrática que propiciamos nunca podría coincidir con la de aquellos que, como Matera, piden juego

limpio al juego sucio de la dictadura.

Tampoco solicitamos privilegios: habrá democracia efectiva en el Movimiento cuando la democracia sea una realidad para todos los argentinos. Pero entonces ¿qué hacer mientras tanto? En nombre de esa futura democracia ¿aceptar sin más las actuales autoridades? ¿Postergar toda reorganización posible a la espera de tiempos mejores? ¿Esperar a que los militares nos autoricen a elegir?

El peronismo debe sus principales y más gloriosas jornadas de lucha a la iniciativa desplegada por el Pueblo. Es allí donde debemos buscar y construir la democracia, encontrar las formas de participación que tornen más eficaz nuestra lucha y preserven al Movimiento de toda digitación posterior.

Para los peronistas —y para algunos *clásicos* que tuvieron la fortuna de precedernos en el tiempo— la democracia, como decía el General, es *hacer lo que el Pueblo quiere*. Y nadie como nuestro Pueblo nos está indicando con más claridad el camino a seguir: la más absoluta intransigencia frente al régimen y cualquier variante continuista. El repudio total a cualquier maniobra dialoguista. En esa lucha, con esa lucha, a través de esa lucha, se irá reconstruyendo la unidad real y democrática de nuestro Movimiento. A esta tarea nos sumamos con LUCHA PERONISTA.

EDITORIAL

APOLOGIA

BDIC

DEL 11 DE MARZO

APOLOGIA...

¿Por qué se atrevió Lanusse a desafiar a Perón aquel 7 de julio de 1972? *A Perón no le da el cuero para venir...*, dijo. ¿Fue el principio del fin o el fin del principio?

Aunque sus Memorias son claras al respecto —un poco subjetivas, claro—, la estrategia militar conducida por Lanusse tuvo dos interpretaciones. Por un lado, se intentó explicarla como un nuevo exabrupto gorila, a los que el Presidente-Comandante en Jefe era tan proclive y a los que los peronistas estábamos habituados desde 1955 (nada nos asustaba ya desde la célebre calificación de *aluvión zoológico*), que exteriorizaba la intención de liquidar al Líder ante sus adeptos haciéndolo caer en la vergüenza de no aceptar un desafío provocador. No atenuaría su derrota el que Perón explicase que *el mando estratégico no debe estar jamás en el teatro de las operaciones*; esa argumentación mostraba la misma flaqueza que se le imputa por su refugio en la *cañonera*, en 1955.

Pero, desde otro ángulo, el mismo episodio podía ser interpretado como lo que en teatro se llama *dar el pie* para incorporar un nuevo actor a la misma escena. Las Fuerzas Armadas, agotadas por 17 años de lucha contra un mito sustentado por la esperanza de días mejores de las masas populares, apostaban un gambito genial, maquiavélico (¿tal vez desesperado?): acosándolo, lo incorporaban a sus reglas de juego. Prisionero en ellas sólo quedaba disputar cuáles eran las condiciones para la institucionalización del *hecho maldito*; el sistema quedaría incólume.

Pero la escena, cualesquiera fuese su sentido, se representaba ante una platea activa: el pueblo también escribe la historia, muchas veces a despecho de sus representantes.

Perón había pasado una etapa de triste ostracismo, de soledad, casi diríamos de olvido. Después de las gloriosas jornadas de lucha obreras conducidas desde la CGT *vandorista*, la

Pax onganíe sumergió su figura en un anonimato que parecía definitivo.

Las acciones del Plan de Lucha con sus paros activos, movilizaciones, ocupaciones de fábrica y la práctica autogestionaria en muchos establecimientos tomados por sus trabajadores, habían culminado con la declinación de la ortodoxia. Las 62 organizaciones *de pie junto a Perón* que lideraba el conductor de las *modistas* José Alonso (como le llamaban los adictos a la *patria metalúrgica*), habían perdido la batalla frente a un sindicalismo amarillo y dialoguista. La impronta tradeunionista de una conducción cegetista proclive a su integración al sistema demostraba su preponderancia en la audacia de presentarse en la toma del mando del general golpista Onganía, que había derrocado —con base en el desorden social generado por el Plan de Lucha— al gobierno minoritario pero democrático del Dr. Illia.

La herramienta estratégica central del dispositivo de Perón saltaba el cerco y apostaba por un nuevo liderazgo: el del general iluminado para regir durante 20 años los destinos de la Patria, sustentado orgullosamente en su filosa charrasca, templada en los enfrenta-

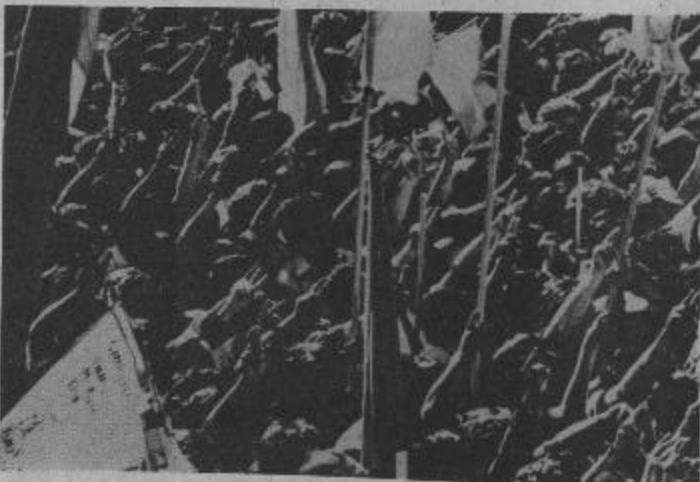
mientos de *azules y colorados*, pero virgen de sangre imperialista. Como aceptando las vicisitudes de la vida y su próximo retiro del escenario, Perón sentenció: *Desensillar hasta que aclare*, con lo que reconocía su impotencia. Krieger Vasena se sentó sin sobresaltos en los sillones de Hacienda a planificar un siglo de Revolución Argentina bajo hegemonía norteamericana.

No tardaron en hacerse presentes, estentóreamente, las fuerzas de una sociedad dinámica que evolucionaba, negligentemente olvidada por los hombres preocupados por dominar los estratos de la superestructura.

El subsuelo de la sociedad se sublevaba. ¿De dónde, si no, emergían los miles de hombres y mujeres que hicieron el rosario, el cordobazo? Eran los mismos que habían marchado en las movilizaciones, tomas y gestión de las fábricas ocupadas, con pocos años pero con mucha experiencia más.

El caudillo fue rescatado por un confuso aluvión de tendencias que buscaban en él su unidad, una identificación con la historia de las luchas populares y una experiencia de poder.

El sindicalismo combativo, la juven-



LUCHA PERONISTA



tud y las formaciones especiales identificadas con el Movimiento, volvían por sus fueros con la bandera de Perón y Evita a la cabeza: *El peronismo será revolucionario o no será*, era su ideología. Perón le aportó la estrategia, renacido como el ave fénix, más decidido y lúcido que nunca.

Cualquiera sea la interpretación que otorguemos al desafío lanusista, las masas populares lo recibieron únicamente como una *majada de oreja* que las enardeció. La movilización fue imparable: *Luche y vuelve* se hizo realidad. Y luchando se siguió porque la experiencia indicaba que se podía ganar: *Cámpora al gobierno, Perón al poder*.

Lanusse no comprendió que, frente a él, no sólo estaba Perón. Que el maquiavelismo de su estrategia se estrella contra la presión de las masas movilizadas. Y cayó en la provocación y el descrédito: *Las armas no las tenemos de adorno*, vociferó apelando al único poder que le iba quedando.

Perón le respondió que, efectivamente, *Lo que tienen de adorno es la cabeza*. En este marco contradictorio vital se desarrolló la campaña electoral. Estatutos, condicionamientos, cláusulas, requisitos legislados por el poder militar, eran barridos por las multitudes en las canchas, por las huelgas activas, por las acciones de los comandos, por las unidades básicas encastrando hasta los últimos rincones de las paredes con consignas.

El orden del pueblo, aquél que custodió a Perón en Gaspar Campos, el que se puso de manifiesto en la disciplina electoral, tiene sus propias reglas, un dinamismo exclusivo: sin él no hubiera ocurrido la victoria del 11 de marzo.

El argentino ya no era un *pueblo niño*. La Argentina no era, ni es, un *Jardín de infantes*. La lucha era decidida pero inteligente; la movilización popular multitudinaria pero organizada; las consignas emotivas pero ideológica-

mente intencionadas; la masividad del voto un acto conciente, basado en el respaldo a un programa con elevado contenido: las Pautas Programáticas; las ocupaciones de hospitales, fábricas e instituciones públicas; impulsaban formas incipientes de autogestión; la actividad en los barrios y sindicatos como parte de la lucha de una democracia representativa directa; las calles, asaltadas por la muchedumbre, una expresión de la solidaridad y la cohesión en el triunfo. No era la juventud de mayo del 68 en París, ni perseguía el modelo de socialismo sueco, ni Argentina emergía de la larga oscuridad del franquismo. Era una sociedad en marcha, con todas las contradicciones de un nivel de la lucha de clases acorde con la contumacia de una oligarquía retrógrada, en un país capitalista dependiente que quería modernizarse, romper el corset imperialista. No folklorizemos; no fue casual la adhesión de militares como Carcagno, Beti, Damasco, Cesio, Dallatea; la subordinación de todos los partidos políticos; la sumisión del aparato ideológico de la oligarquía, la universidad, la prensa, las academias; la aceptación a regañadientes de la Unión Industrial Argentina, la Sociedad Rural y la Bolsa de Comercio, bastiones imperialista en la Argentina.

No puedo más que apelar a la memoria. Pero la estadística lo debe reflejar: nunca funcionaron mejor los hospitales que cuando estuvieron *ocupados*, jamás se conoció una administración pública que respondiera con mayor diligencia a los requerimientos populares, no habíamos visto una universidad más activa y competente con las necesidades de la sociedad, ni la investigación había recibido semejante impulso, ni se producía con más alegría en todos los aspectos.

Eran las mismas multitudes que habían batido a la dictadura militar volcadas a la reconstrucción, a la *erección de una nueva Argentina*. ¿No es momento de recordar esto, en medio

de tanta autocrítica demoleadora? ¿No es oportuno recrear tanta alegría en momentos de adversidad? ¿No es la circunstancia propicia para que en el platillo de la balanza de la experiencia pongamos también los éxitos, las victorias, las realizaciones?

Cámpora al gobierno, Perón al poder, pertenece al pasado. Pero son de estricta realidad *Liberación o Depen-*

dencia y Ni olvido ni perdón. Fueron numerosos e importantes los errores cometidos; de otro modo no serían tan numerosos los presos, desaparecidos y exiliados, ni tantas las lágrimas derramadas por los miles de caídos; nuestro pueblo no masticaría tanta bronca ni se hallaría en tan grave circunstancia histórica.

Por eso es válido, necesario, volver al análisis de las dos proposiciones enunciadas al principio de esta *apología de una victoria popular*: el 17 de noviembre de 1972 a *Perón le dio el cuero*; el 11 de marzo de 1973, el pueblo reventó las urnas con votos peronistas. ¿Qué sucedió para que ocurriera un 24 de marzo?

BDIC



El golpe que no cesa

BDIC

El golpe militar de marzo de 1976 ha significado una tragedia sin límites para el Pueblo Argentino. Cuando se trata de establecer públicamente sus causas determinantes y efectos posteriores, surge una suerte de *no te metas*, donde todos tratamos de zambullirnos. Es como si hubiera ocurrido un terremoto, una fatalidad, algo que los *simples mortales* no podemos modificar. Sin embargo, los golpes militares no son una fatalidad, los preparan y llevan a cabo un reducido número de personas que defienden y representan intereses económicos muy concretos.

¿Hubiera sido posible implantar el plan económico de Martínez de Hoz, sin que las FF.AA. dieran un golpe sanginario como el de marzo de 1976? Absolutamente, no. De haber existido un mínimo de libertades públicas, como el derecho de huelga, de reunión, de votar, o simplemente de opinión, sin correr el riesgo de ser uno más de los 30.000 desaparecidos, la irracionalidad no podía triunfar sobre el sentido común. Un nivel de irracionalidad tan elevado como la aplicación de este plan económico, había que implementarlo con una aún mayor: el terror.

Tenemos que tener en claro que el plan ultra liberal emergente del monetarismo de la Escuela de Chicago, mechado con tapiña vulgar y silvestre, andaba rondando como buitres, mucho antes de marzo de 1976, sobre el pueblo argentino. En esta fecha, las minorías económicas dominantes y las FF.AA. que las apoyan, deciden que había llegado el momento oportuno de su aplicación. Las modalidades para su implementación se adecuaron a la situación política. Ya no se trataba del *shock* suicida de Celestino Rodrigo, sino del gradualismo genocida de Martínez de Hoz.

La supuesta *reconversión industrial* no fue más que una serie de mecanismos económicos que posibilitaba aumentar constantemente los beneficios del entramado multinacional y sus socios, la oligarquía terrateniente y los industriales argentinos ligados al capital extranjero. Sin embargo, ocasionó la destrucción del aparato productivo.

La *liberalización de la economía* significó la posibilidad de explotar sin límites ni escrúpulos, bajo control militar, a la mayoría del pueblo argentino.

Liberalizar los precios significó que los precios de los productos pudieran subir sin tope alguno, aumentando así las ganancias de las empresas, principalmente de las multinacionales. Como se *liberalizaban* también los sueldos y salarios, los patrones pagaban lo menos posible. De esta manera, los perjudicados a dos puntas, fueron los trabajadores.

Liberalizar los alquileres significó que el propietario pudiera cobrar rentas cada vez más altas. Los sectores populares, necesitados de una vivienda



BDIC

que no poseen, volvieron a ser los principales perjudicados.

Liberalizar los intereses significó que las tasas pudieran alcanzar niveles de locura. Como resultado, los empresarios se dedicaron a colocar su dinero, actividad más fácil y más rentable, presionados por las pobres expectativas del mercado interno, deprimido por la propia política económica. La consecuencia fue el cierre de las empresas y la desocupación.

Liberalización de la inversión extranjera significó entregar el país a las multinacionales, sin ningún tipo de condicionamiento. Como además se había *liberalizado* la tasa de interés, ni siquiera se dedicaron a producir, sino a la especulación, colocando a interés millones de dólares para retirarlos al poco tiempo, multiplicados, varias veces, y esto sin correr riesgos. Martínez de Hoz y los militares custodiaban, para que nada alterara el buen fin de sus fechorías.

Como resultado de estas liberalizaciones, los sueldos y salarios se vinieron en picada. Los cierres de fábricas, las enfermedades, la deserción escolar, comenzaron a ser un hecho cotidiano. Las ollas populares surgieron como la alternativa para sobrevivir ante la desocupación masiva.

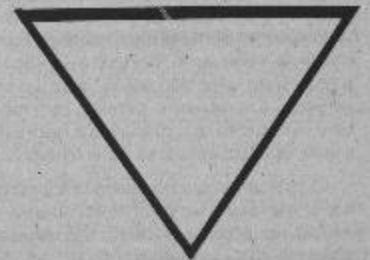
han sido meramente formales. Antes se ponía a la "subversión" como la causa de todos los males del país.

Ahora se habla de la *lucha contra la inflación*. Una inflación que ellos mismos han generado y que utilizan para aplicar medidas económicas reactivas. El fundamento del plan económico actual es igual al de Martínez de Hoz. Los mecanismos varían relativamente, pero para aplicarse con mayor saña.

Simultáneamente intenta abrir el diálogo político para ganar tiempo o para cubrir una posible retirada. Son dos opciones de una misma trampa.

No podemos caer en ingenuidades ni cuando nos quieren dar con el palo, ni cuando nos ofrecen el dulce. Debemos reflexionar mínimamente. ¿Cómo puede un gobierno *más o menos* democrático, *más o menos* popular, aguantar la espada de Damocles que significa una deuda externa de 35.000 millones de dólares y que puede llegar a los 60.000 millones como mínimo dentro de dos años? ¿Cuáles son las posibilidades de financiación internacional para zafar del desastre económico, si todos los organismos internacionales de crédito están en manos de las multinacionales, que son, a la vez, las que dirigen la implementación del plan económico llevado adelante antes, por Martínez de Hoz y ahora por Aleman? ¿Cuál va a ser el programa económico de un gobierno democrático, cuando todos los resortes de la economía nacional están en manos de las multinacionales en componenda con la oligarquía terrateniente y el apoyo incondicional de las FF.AA.? ¿Cuál va a ser la mafia política que se va a necesitar instrumentar para ponerle un *manto de olvido a todo lo actuado*, incluyendo a los detenidos-desaparecidos?

Debemos optar por una situación democrática y no por cualquier salida. Prepararnos para afrontar todas las dificultades. Debatirlas sin ceguera: Galtieri y Aleman no son una nueva etapa de un viejo y perimido golpe. Es el golpe que no cesa.



!NI OLVIDO NI PERDON!



En marzo de 1976, las Fuerzas Armadas emprenden una batalla decisiva para consolidar los intereses de las clases dominantes. Sin miramientos ni vacilaciones se enfrentan frontalmente contra toda posibilidad de resistencia popular al proyecto de la oligarquía y el imperialismo.

Todos los medios son buenos. Todo está permitido para el logro de sus objetivos. El crimen, la tortura, el atropello a las más elementales libertades públicas y privadas, el emordazamiento de la población por el terror. Una vez más se sienten investidos de la verdad, de una verdad que únicamente se puede asestar sobre la muerte y la destrucción. Las horas negras se suceden en nuestra patria.

Todos los argentinos sentimos este genocidio. De boca en boca se transmiten los atropellos, las desapariciones, las muertes. Domina un gran silencio. Los obreros, los políticos, han sido acallados. Es el reinado de la fuerza y el horror.

Por abajo de este silencio aparente, el pueblo sufre y llora sus pérdidas. Pero también se rebela, piensa y planifica retomar lo que sabe suyo.

Así, se sucede el peregrinar de los familiares reclamando por sus desaparecidos. Los obreros desde las fábricas reclaman por sus reivindicaciones. Los militantes populares tratan de encontrar respuestas. Cada argentino, desde el lugar que ocupa, intenta ganar nuevamente los espacios perdidos. Se inician nuevas formas de protesta adecuadas a la situación imperante. Hay un gran movimiento, subterráneo, casi imperceptible. La prensa nada refleja, y aparentemente los milicos han logrado su objetivo.

El pueblo argentino posee una sabiduría que ha sedimentado en largos años de lucha, y poco a poco va encontrando los resquicios por donde hacer sentir su protesta.

Desde fines de 1977 ya no es posible ignorar la presencia de las Madres de Plaza de Mayo. Los conflictos en las fábricas van tomando estado público. Comienzan a sentirse algunas voces de protesta. Y como una gran marea, el sentir del pueblo ya no puede ser controlado.

En 1982, definitivamente y sin lugar a dudas, se manifiesta masivamente el repudio a la Junta Militar. Todo el pueblo la rechaza. Los derechos humanos, pisoteados en todas las formas durante estos años por los militares, se levantan como derecho inalienable de los argentinos. El derecho a la vida, a la libertad, a la libre expresión, a vivir dignamente, a la educación, a la salud, son nuevamente exigidos. La memoria popular reclama lo que alguna vez tuvo. El pueblo está dispuesto a rescatarlos y a no perdonar a quienes injustamente se los arrebataron.

El marido del olvido con que los militares soñaban tapar sus crímenes no es posible en nuestro país. Toda la conciencia nacional los señala y los enjuicia. Sus crímenes no quedarán en la impunidad.

El pueblo argentino resiste. Crea nuevos instrumentos o reconstruye los viejos. Se lucha por la plena vigencia y amplia reorganización de la CGT, aparecen numerosos organismos de base, y, junto a ellos, los organismos de defensa de los derechos humanos (Madres de Plaza de Mayo, Comisiones de Familiares, Asamblea Permanente de los Derechos Humanos, CELS, el Movimiento Ecueménico, la Liga por los Derechos Humanos, entre otros) ponen de manifiesto este compromiso con la justicia y el respeto por la libertad y la democracia.

Los peronistas hemos sido una de las principales víctimas de la represión. Desde hace cerca de cuarenta años nuestro Movimiento sufre los embates de la oligarquía y el imperialismo. Y en esta etapa, nuestros enemigos se juraron a nuestra desaparición definitiva.

El peronismo con su trayectoria de lucha, con la conciencia de sus derechos y, sobre todo, con el sentido que tiene cada uno de sus militantes de su dignidad como ser humano, no está dispuesto a olvidar lo ocurrido; mucho menos a perdonarlo. En cada peronista se esconde un juez. No se equivoquen los militares.

Los peronistas y el pueblo todo, saben que una vez que estos dictadores sean desalojados del poder, no deben volver nunca más. Para que esto sea posible, es necesario no olvidar y ejemplificar. Todos los responsables deben ser juzgados y castigados. Ninguna acción reprobable debe quedar sin escarmiento: ni los crímenes, ni el hambre, ni los miles de vejámenes sufridos. El pueblo debe hacer sentir a esta minoría corrupta que no está dispuesto a olvidar. Que esta deuda debe ser saldada definitivamente para que podamos construir una patria libre y soberana, en plena democracia y paz.

Este es un derecho y una responsabilidad de todo el pueblo argentino.



Intransigencia Peronista: VA EL PUEBLO

Todas las cartas se han jugado. El "proceso", ese engendro que fue dueño de vidas y haciendas, tiene ya una presencia meramente fantasmal. Y está claro para todos, aún para muchos de sus responsables que sólo atinan ya a lanzar las culpas propias sobre otros. Estos hombres se han deshecho solos, ante un país absorto y aterrado que no pudo intentar la menor resistencia. Porque tan grande como es el fracaso fue la violencia y el desprecio con que actuaron sobre los argentinos. Hoy son un conjunto de despojos, una lastimosa demostración del destino que Dios reserva a los soberbios.

Ya nadie en su sano juicio duda que la Argentina padece la dictadura de los peores, este elitismo al revés que se tramó desde el 11 de marzo de 1973, cobró cuerpo luego de la muerte de nuestro Jefe y se concretó a partir de marzo de 1976. Este "proceso", no tal o cual funcionario, esta o aquella "instrumentación", es en su conjunto el responsable. Por eso hay que terminar con el "proceso" antes que el "proceso" termine con nuestra Nación.

En marzo de este año, al conmemorar las victorias populares de 1962 y 1973 y pocos días antes del recambio de Videla por Viola dijimos que "lo que viene es la continuidad minuciosa del opróbioso pasado reciente y no lo afirmamos sólo porque lo dicen quienes van a ocupar los cargos, sino porque los mismos son corresponsables de la tragedia argentina. Ellos han firmado muchas de las siniestras "órdenes escritas de los comandos superiores" de que habló un general de tristísima fama. Ellos han participado desde el más alto nivel en el apoyo político a una conducción económica que ha deshecho al país. Ellos han coparticipado de la claudicante política exterior. Ellos son tan responsables como los que se van de todas las humillaciones, agresiones y privaciones que ha debido soportar nuestro pueblo.

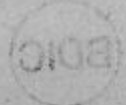
Hoy lo repetimos: Videla, Viola y Galtieri son lo mismo: el "proceso" a los argentinos tratados por ellos como criminales, o cuanto menos como incapaces necesitados de curatela. Por eso es el "proceso" el que debe ser destruido: el peronismo intransigente convoca a todos los compañeros a esta tarea de salvación nacional, de restauración de la Argentina. Todos los que trabajen en ese sentido son nuestros compañeros, todos los que pacten con el enemigo deben ser para siempre repudiados.

Pero para que el peronismo pueda cumplir esta misión hay que transformarlo en la fuerza unida, organizada y coherente que fue en sus mejores momentos, al lograr sus grandes victorias. Y fue tal a través de tres elementos esenciales: la unidad dinámica de los distintos sectores, la actualización doctrinaria con que el General supo dar respuestas adecuadas al momento y la política intransigente frente al régimen.

Propuesta adecuada, unidad dinámica, conducción intransigente: tríada sobre la que se gestó la victoria popular y que pensamos adecuado desarrollar.

Unidad dinámica. No fue un sector del movimiento el que logró la victoria, antes bien sólo el conjunto pudo arrinconar al régimen, arrancarle elecciones y batirlo terminantemente en las mismas. No se trató de una mezcla de aceite y vinagre; la prueba de que no lo eran es que estuvieron juntos en aquellas jornadas sindicalismo y juventud, rama femenina y peronismo histórico. Pero se trató de una unidad, no de un amontonamiento porque todos se alinearon sirviendo a un proyecto que era de todos porque no era totalmente de ninguno, que Perón recogía del Pueblo.

Propuesta adecuada. Es el paso primero del proceso de la victoria, el que marca más notoriamente la inteligencia y la lealtad del Jefe. Con más de quince años de exilio, alejado de todo contacto



directo con la realidad argentina, Perón supo formular las respuestas precisas a las circunstancias. Es que ese jefe todopoderoso tuvo la modestia de dedicar la mayor parte de su exilio al estudio de la realidad mundial y especialmente argentina y sacó de esos años un provecho muy especial.

Perón, en una soledad que fue mucho mayor de lo que habitualmente se cree, profundizó los contenidos revolucionarios de su doctrina.

Este tema resulta esencial porque se ha producido una tremenda confusión, hija por partes similares del miedo y el oportunismo. Perón reelabora en su largo exilio la doctrina justicialista y no abjura de esa formulación nunca más. La reacción infiltrada, el resto del régimen y también muchos conversos asustadizos, han mezclado a posteriori un concreto enfrentamiento de poder con un cambio en los lineamientos doctrinarios. Esto es profundamente falso y debemos despejar esa patraña sin complejos de ninguna naturaleza.

La profundización de las concepciones anti-imperialistas y anti-oligárquicas son la médula de la teoría revolucionaria con que Perón afronta la lucha por la reconquista del poder. Y es en torno a esa claridad conceptual que convoca a los sectores populares en aquellas jornadas históricas.

Conducción intransigente. Perón no negoció con el régimen, condujo a su movimiento a la victoria desde las posiciones más intransigentes. Cien y una veces fue tentado, cien y una veces hizo oídos sordos. Hay algo indefinible, pero profundamente argentino, conmovedor en ese Perón ya anciano, sometido a todos los halagos y firme en su servicio al pueblo. Cuando en junio de 1972 el gobierno militar acepta conversar sobre los "10 puntos" muchos dirigentes festejan y dicen que llegó el momento: Perón dice no. Cuando se anuncia el regreso y todas las estanterías del régi-



men tiemblan, también muchos insisten en que es suficiente: Perón dice no. Cuando aterriza en Ezeiza en esa mañana del 17 de noviembre y Lanusse quiere conversar con él, casi todos los cercanos creen tocar el cielo con las manos: Perón dice no.

No, no y no; ciento y una veces no a la conciliación con el enemigo, no a la claudicación. Intransigente al borde del precipicio, por el camino de cornisa que el conjunto del pueblo había elegido, Perón nos llevó a la victoria. Los caminos reales pasan también cordilleras.

Muerto el General, los valores que habían construido la victoria tuvieron su réplica caricaturesca.

La propuesta revolucionaria, reiterada por el jefe moribundo, quedó primero diluida y luego vapuleada por la infiltración reaccionaria. Casi todos quedaron estupefactos, pero callados, cuando se elogió a las multinacionales.

La unidad dinámica, esa polémica pero constructiva relación de fuerzas diversas pero con unidad de concepción, se transformó en el mero capricho.

La intransigencia se convirtió en sectarismo. El espíritu de facción, esa enfermedad de la gente pequeña, se apoderó de la Argentina. De una u otra manera todos fuimos culpables. En todo caso, no hubo nadie que atinara a enfrentarlo como correspondía.

El peronismo de la derrota fue la contracara del que había sabido conquistar la victoria. No fue necesario un solo hecho de fuerza para borrarlo del poder, pero la reacción tomó la anécdota como pretexto para atacar al fondo.

Y creemos útil esta recapitulación porque es claro que los elementos que estuvieron presentes en la victoria desaparecieron luego, con nuestro Jefe, y abrieron el camino a las fuerzas reaccionarias. Volver sobre ellos resulta, en consecuencia, la primera tarea. Por eso la unidad dinámica del Movimiento, que luego trasciende en unidad de todos los sectores populares, la propuesta adecuada a los tiempos y la intransigencia frente al régimen, tienen que ser los valores esenciales que encuadren nuestra acción. Pero no queremos quedarnos en estos enunciados, preferimos -a riesgo de errar pero abriendo el debate hacia formulaciones más concretas- decir cómo vemos hoy cada uno de esos elementos.

La propuesta adecuada. Se trata de replantear lo que es esencialmente el peronismo, reubicarlo como movimiento nacionalista revolucionario, solidario con los pueblos oprimidos, para encontrar en torno a esa claridad conceptual los elementos de unidad que viven en el pueblo y se diluyen en la confusión del tacticaje. Y para ello el peronismo debe recordar ante todo su vieja lucha anti-imperialista y anti-oligárquica; porque debe quedar



definitivamente en claro que el cambio que los peronistas postulamos -y basta leer a Perón para que no queden dudas- es revolucionario. La Justicia Social, bandera histórica de nuestro Movimiento, no constituye una consigna reformista del capitalismo, no pretende hacer "más humana" la explotación del hombre por el hombre sino que pretende suprimirla. Por eso el cambio que propugnamos no es una forma de la caridad, lo es de la justicia.

La unidad dinámica del Movimiento nació de la expresión correcta de los deseos y aspiraciones del pueblo, de la voluntad de cambio de los trabajadores argentinos y debe afirmarse en la democratización del país. Esto implica que vamos a iniciar desde las bases un proceso de discusión y análisis de las formas más adecuadas para dotar de eficacia a este gran cuerpo político que es el peronismo.

Pero esta unidad de los peronistas tiene que servir también de eje para la formulación de la nueva y gran coincidencia nacional, ya que creemos que nuestro Movimiento no puede afrontar solo la tarea que supone sacar a la Argentina del empantanamiento.

La intransigencia frente al régimen hoy implica rechazar toda "convergencia cívico-militar" y no anotarse en las internas militares. Los peronistas, el pueblo, estamos fuera y en contra de este Proceso.

Vamos a rescatar a la Nación, vamos a imponer para siempre el respeto a la voluntad del pueblo, la intangibilidad de nuestras fronteras, la independencia económica y la justicia social, la solidaridad con los pueblos en proceso de liberación, especialmente con nuestros hermanos latinoamericanos, rechazando toda forma de colaboración en la penetración pretendida por el imperialismo. Lo pueden hacer los verdaderos argentinos, aquéllos a quienes repugna la apuesta por Viola o por Galtieri, los que sólo gastan su vida, o se la juegan, por la grandeza de la Patria.

De nuevo, como en 1945-46, como en 1972-73, la victoria está al alcance de la mano. Vamos hacia ella, despojados de odos, de torpezas y de cobardías.

Va el pueblo.

BDIC

LUCHA PERONISTA

BDIC

LUCHA PERONISTA

Página 9

JOHN WILLIAM COOKE

El trabajo que va a leerse data de 1967 y analiza las fuerzas sociales preponderantes en el segundo año del derrocamiento del gobierno constitucional. En su origen fue un informe de circulación interna en la Acción Revolucionaria Peronista, pero los acontecimientos sobrevenidos desde su redacción confirman de manera cabal la justeza y riqueza del criterio aplicado por John William Cooke. A la vez acepta con toda justificación la calificación de informativo y normativo. Efectivamente, hechos como la dirección económica y política adoptada por el gobierno argentino, la conferencia de la OLAS y el enfrentamiento dentro de ella de la corriente reformista con la revolucionaria, la repercusión comprobada en las bases del Partido Comunista de la conciencia de permanentes y empeñados errores, la muerte de Ernesto Guevara, el caso de Bolivia, etc., no hacen más que refrendar los análisis de Cooke y su idea de que todo se empeña en señalar a la lucha armada como único camino para la reivindicación final de las clases trabajadoras y su evolución material y moral.

CAPITULO I

1. El peronismo es el hecho maldito de la política del país burgués

El "falso dilema" peronismo-antiperonismo ha sido eliminado con drasticidad castrense: se lo borró de la superficie. Pero sabemos que el "falso dilema" no es entre partidos políticos sino entre fuerzas sociales. Con la supresión del peronismo se liquida la voz de las fuerzas del proletariado y demás sectores populares; con la supresión de los partidos clásicos no se suprime la voz de la burguesía, de los empresarios nacionales y extranjeros, que no tienen ningún interés en la política partidista y sí en la política económica del Estado, donde no solamente se les escucha sino que el Estado les pertenece.

El gobierno en manos de políticos era difuso, las influencias se entrecruzaban; en cambio ahora, los elencos técnico-ministeriales salen de las fuerzas empresarias.

Es que nuestro sistema capitalista no está en la juventud previa a la maduración del desarrollo armónico y autoimpulsado, como dicen sus economistas, sino que está decrepito sin haber pasado por la lozanía. Se le puede hacer caminar algo mejor desarrollando tales o cuales sectores aislados, pero no crearle un porvenir de juventud y vigor. Las burguesías adelantadas que impusieron en sus países la democracia liberal eran clases de vanguardia en esa época, y su hegemonía no se basaba solamente en el poder económico que les aseguró el manejo del Estado, sino que también impusieron su concepción del mundo a toda la sociedad; contaron con el consenso general para sus sistemas ideológicos y político-sociales. En la Argentina, esas instituciones les impuso una oligarquía portuaria comercial y terrateniente, al margen de la voluntad del pueblo: le faltó el requisito de la universalidad, que hace de una clase la expresión en un momento histórico, de la sociedad en su conjunto. Su política no estaba trazada en función del país como unidad sino de la parte de la pampa húmeda que se fue incorporando a la producción con destino al comercio exterior, formando un circuito con los centros industriales europeos.

Recién en 1880 se completó la integración del país como unidad nacional; aunque dentro de los moldes impuestos por la complementariedad semicolonial con el imperialismo inglés. Así fue como la burguesía comercial y terrateniente nunca aplicó el sistema democrático-liberal (y sí el liberalismo económico), y buscó suprimirlo las dos veces que funcionó, por medio de los golpes reaccionarios de 1930 y 1955.



A partir de 1945, el país realizó, bajo el liderazgo de Perón, su proceso democrático-burgués, aunque en forma indirecta, como imposición de un frente antiimperialista cuya base de apoyo estaba en la clase trabajadora, sectores de la clase media y el sector nacionalista del Ejército.

Cuando desaparecieron las condiciones de la gran prosperidad de postguerra, y se cerró el ciclo de ingreso nacional creciente, se agudizó la lucha de clases. Pero las contradicciones ya no se dieron tajantemente entre dos frentes tal y como se constituyeron en 1945, sino también en el seno del peronismo entre el Ejército, partidario de la industrialización pero no de la política social demasiado avanzada, y la clase obrera, que al fortalecerse tendía a radicalizar al movimiento, entre la burguesía, que había progresado con el régimen y ahora deseaba aumentar las cuotas de plusvalía y buscar acuerdos con el imperialismo, y el proletariado que defendía su salario y las tendencias progresistas de nuestro Movimiento; entre los burócratas, que trataban de "consolidar las conquistas", y la corriente popular, que se oponía a la pérdida de la dinámica renovadora.

Lo que en 1945 había sido una concentración de poderío mediante la amalgama de fuerzas diversas, se transformó en causa de nuestra debilidad, cuando éstas tendieron a chocar. En lugar de aquella unidad existía una dispersión que se disimulaba por el liderazgo de Perón, aceptado sin reservas por la clase trabajadora y con apatía creciente por los otros sectores de nuestro Movimiento, hasta convertirse en simulación a la espera de la oportunidad para defecionar. Durante bastante tiempo el prestigio de Perón evitó las colisiones; pero aunque podría absorber esas contradicciones, no las suprimía; algunas aparecieron a la luz en los momentos previos al golpe de setiembre del 55, otras después de la caída. El desequilibrio era ya ostensible y el frente estaba desarticulado.

Eso explica porqué el peronismo, los peronistas, seguimos siendo el hecho maldito de la política argentina. La cohesión y empuje de nuestro Movimiento es la de las clases trabajadoras que tienden a la destrucción del statu-quo. Pero la ideología del Movimiento no está en correspondencia con ese papel objetivo y concreto dentro de la sociedad argentina. Es que le correspondió, como dijimos, realizar el proceso de transformación que permitiría la expansión de las fuerzas nuevas que estaban constreñidas por los moldes

"La revolución y el peronismo"

(Capítulo I y II)



de las viejas estructuras que se perpetuaban cuando ya habrían desaparecido las condiciones que les dieron origen.

Esas peculiaridades de nuestro desenvolvimiento económico, deben tenerse en cuenta para comprender nuestra ambigüedad, la forma de alineamiento de nuestras clases sociales y el factor esencial de la realidad política argentina: el peronismo.

El peronismo no es la maravilla de los siglos, como por momentos hemos parecido creerlo muchos de sus militantes ni el partido revolucionario tal como se lo concibe desde el punto de vista del marxismo. Pero tampoco es un partido de la burguesía ni una alienación de la clase trabajadora, tal como lo concibe un izquierdismo pueril que adjudica a un proletariado ideal ciertos niveles teóricamente determinados y luego los toma como pautas para juzgar al movimiento obrero concreto.

Para no alargar el análisis: el peronismo fue el más alto nivel de conciencia a que llegó la clase trabajadora argentina. Por razones que sería largo explicar aquí, el peronismo no ha reajustado su visión y sigue sin elaborar una teoría adecuada a su situación real en las condiciones político-sociales contemporáneas. Los peronistas en conjunto no hemos llegado aún a comprender que ese déficit es el que nos costó la caída del gobierno y que mientras persista no nos será posible llevar a cabo seriamente y con éxito la toma del poder. Por eso es que hemos sido formidables en la rebelión, la resistencia, la protesta; pero no hemos conseguido ir más allá porque, como alguna vez lo definimos —con gran indignación de los adoradores de mitos y de fetiches— seguimos siendo como Movimiento, un gigante invertebrado y miope.

2. Sin conocer al peronismo, la política revolucionaria es una abstracción

El peronismo es, para bien y para mal, la fuerza que nuestra realidad social ha originado como oposición al régimen, como oposición real, concreta, de luchas y sacrificios. Por consiguiente, es ridículo pretender impugnarle, como quieren quienes se colocan más allá o por encima de él, porque aunque hagan gala de sedientas superioridades teóricas, han acertado menos que el Movimiento de masas y donde éste se orientó, mal que bien, los confidentes de la historia perdieron el rumbo, y siguen sin comprender cada vez que en lugar del análisis retrospectivo con incógnitas ya resueltas, tienen que resolverse en medio de los hechos presentes y sus enigmas, sus complicaciones, sus abanicos de hipótesis.

Por sobre todo, el peronismo existe, está vivo y no será suplantado porque le disguste a los soñadores de la revolución perfecta, con escuadra y tiralíneas; el peronismo será parte de cualquier revolución real: el ejército revolucionario está nucleado tras sus banderas, y el peronismo no desaparecerá por sustitución sino mediante superación dialéctica, es decir, no negándose sino integrándolo en una nueva síntesis. Por el momento, la revolución argentina es impensable sin el peronismo, que es la forma política que adquieren las fuerzas sociales de la transformación. Claro está que por la acción de vanguardias que impulsen el avance de conciencia y la movilización de sus masas tras una política real de poder.

Conociendo lo que es el peronismo, nuestra concepción de que la revolución debe partir del hecho peronista aparece despojada de toda carga apologética; y se comprende también porque el plan de legalizar el peronismo negociado con Perón es tan ilusorio como los proyectos integracionistas y como los propios planteos estratégicos de los dirigentes del Movimiento. Porque el Movimiento Peronista es la expresión de la crisis general del sistema burgués argentino, pues expresa a las clases sociales cuyas reivindicaciones no pueden lograrse en el marco del institucionalismo actual. Si fuese como sus direcciones burocráticas, no crearía ningún problema; pero detrás de la mansedumbre de los dirigentes está ese peligro oscuro, que por instinto las clases dominantes saben que desbordará a los calígrafos que exhiben su dócil disposición desde los cargos políticos sindicales. El régimen no puede institucionalizarse como democracia burguesa porque el peronismo obtendría el gobierno, y aunque no formule ningún programa antiburgués, la obtención de satisfacciones mínimamente compatibles con las expectativas populares y las exigencias de autodeterminación que son consustanciales a su masa llevarían a la alteración del orden social existente. El régimen tiene fuerza, entonces, sólo para mantenerse sin asentarse a costa de transgredir los principios democráticos que invoca como razón de su existencia. El peronismo, por su parte, jaquea al régimen, agudiza su crisis, le impide institucionalizarse, pero no tiene fuerza para suplantarlo, cosa que sólo será posible por métodos revolucionarios. De ahí que la burocracia peronista, que por cierto no cayó del cielo y responde a fallas de nuestro Movimiento (que hemos señalado en trabajos autocríticos), representa al Movimiento en su más bajo nivel.





3. La contradicción entre el papel revolucionario del peronismo y la política de sus direcciones

Pues como estructura del nucleamiento de la masa popular-política, administrativa, etc., el peronismo siempre ha estado muy por debajo de su calidad como movimiento de masas. El espontaneísmo ha sido lo que nos ha deparado nuestras grandes jornadas triunfales. Pero las condiciones exigen, hace tiempo, que dé el paso de la rebeldía a la revolución, y para eso necesitamos la política que oriente nuestras acciones dentro de una estrategia global, a partir de concepciones teóricas que superen al reformismo, al burocratismo y a la improvisación.

Las direcciones burocráticas no han tenido otra política de poder que el electoralismo, en frentes que gozan de beneplácito militar, o el apoyo a diversos intentos golpistas que fueron configurándose. El golpismo y el electoralismo con candidatos "potables" y visto bueno militar, no eran vías antagónicas sino dos hipótesis de un mismo planteo que implicaba la renuncia del peronismo a su razón de ser como instrumento de las fuerzas trabajadoras para la conquista del poder. Lo que calificamos como "dirección burocrática", es, precisamente, la imposibilidad de superar esa alternativa porque opera con los mismos valores y preconceptos del régimen con el cual estamos enfrentados. Ambos términos de la alternativa —golpismo y electoralismo pitagórico— son igualmente suicidas: el peronismo, incapaz de traducir su número en fuerza, presta el número a los que detentan la fuerza, subordinándose a sus designios. Con lo que se acepta, tácitamente, la proscripción de la mayoría, es decir, se pacta sacrificando las necesidades y anhelos de nuestro pueblo, que necesita directamente tomar el poder.

Esto no siempre estaba inspirado por la traición o la vanidad. Resulta de un déficit de conducción, de metodología, de comprensión teórica de la realidad nacional.

Los contactos entre dirigentes burocráticos de nuestro Movimiento y jefes militares, son cosas corrientes desde hace mucho tiempo y responden a la interinfluencia de dos fenómenos. Uno de ellos es parte del deterioro del régimen burgués argentino, que acarrea el debilitamiento de las formas tradicionales de unificación y exigió que los militares, dispuestos a desalojar un poder civil inocuo, buscasen algún tipo de compromiso que neutralizase, en lo posible, la oposición de masas, por lo menos en los momentos iniciales. El otro deriva de fallas internas de nuestro Movimiento.

Si bien la inestabilidad del régimen y la potencialidad del Peronismo son dos aspectos de un mismo proceso, en las estructuras directivas, por falta de una teoría revolucionaria y la consiguiente política de poder, se ha acentuado de más en más la burocratización, la "institucionalización" de una capa de dirigentes políticos, gremiales, influyentes, etc., que no enfrentan al régimen globalmente sino que dentro de él conciben su estrategia (golpismo, frentes electorales, rescate del pueblo y del Ejército) y, por consiguiente, allí buscan apoyo. Y en lo posible, tanto para esa "participación" en el poder, cuanto para respaldo en las posiciones sindicales, las fuerzas armadas son un factor decisivo de la política nacional hacia el cual se tienden los puentes del acercamiento.

El resultado de esa postura dual es que el régimen integra a los burócratas en formas diversas que van desde someterlos al "terrorismo ideológico" y tenerlos cada cinco minutos aclarando que no son comunistas, hasta inspirarles pautas de conductas para ser reconocidos como personas serias, responsables y sin el pensamiento alborotado por apocalipsis revolucionarios. Pero por razones morales aparte, por lo mismo que el peronismo es incompatible con el régimen, la expresión de su crisis insoluble, esas tácticas oportunistas no podrán cumplir con el designio de incorporararnos a él; a lo sumo le darán una prórroga, pero a costa de declinar nuestro papel como expresión política de las masas. Que la burocracia ignore los antagonismos fundamentales de la sociedad argentina actual y se desplace hacia los conflictos secundarios entre las fuerzas de la superestructura del régimen, no significa que también va a desplazar contradicciones que son parte de la realidad objetiva y que sólo momentáneamente pueden dejar de repercutir en la conciencia de la clase trabajadora.

De la contradicción peronismo-antiperonismo, el gobierno no ha suprimido uno de sus términos. Pero lo ha suprimido como fuerza organizada, como agrupamiento político con cierto margen de legalidad. El antagonismo que así se expresaba no le puede suprimir ninguna cantidad de poder militar; apenas ciertas maneras en que se exteriorizaba.

En la Argentina, el régimen no puede dar soluciones y la crisis es permanente, pero no por eso ha caído ni está próxima su extinción; cuenta con fuerza como para seguir en ese estado durante muchísimo tiempo. Su fin no depende sólo de las condiciones objetivas en que se desenvuelve sino de las condiciones subjetivas que se vayan creando en sus víctimas, vale decir, del desarrollo de la conciencia revolucionaria de las masas, y la existencia de vanguardias que pueden estimularlas. Por lo pronto lo que se les quiere presentar como un nuevo régimen, no es más que un recondicionamiento del régimen tradicional para adaptarse a la etapa actual. Sin embargo la contradicción régimen-peronismo es de tal hondura que no admite bases de conciliación, a pesar de quienes piensan que estas luchas son confrontaciones de ideas puras o de ambiciones de hombres o de grupos de hombres.

CAPITULO II

Qué es Acción Revolucionaria Peronista

Acción Revolucionaria Peronista es una organización creada y orientada para luchar contra la dependencia y la explotación por medio de la lucha revolucionaria. Toda su estructura organizativa responde a esa finalidad.

ARP no aspira a crear su partido político como respaldo para la acción militar, ni es un sector militarizado de un partido político. Constituimos una organización formada con criterio selectivo en el reclutamiento de sus cuadros, que están integrados a un aparato que busca operar en todos los frentes en defensa de sus posiciones políticas, sirviendo los propósitos de la lucha revolucionaria.

Nuestra acción de superficie se cumple sobre la base del Movimiento Peronista, participando de sus luchas políticas y sindicales, influyendo para la adopción de líneas de acción correctas, eventualmente incluso a través de posiciones dentro de los organismos gremiales y partidistas, pero sujetos nuestros representantes a la política y a la conducta trazada por ARP cuando ésta se halla en contradicción —como es frecuente— con la que establecen las direcciones burocráticas.

Nos consideramos *peronistas*, parte integrante del Movimiento de masas, pero no nos proponemos conquistar posiciones directivas de tipo sindical, o político (en el sentido que político ha tenido en nuestro Movimiento) salvo excepcionalmente, y como medios para desarrollar nuestra prédica y cumplir nuestros propósitos específicos en función de la estrategia de lucha que, según pretendemos demostrar acá, es la única que, aunque dura y ardua, y a largo plazo, ofrece perspectivas de llevar a su efectiva satisfacción las reivindicaciones de nuestras masas populares.

Por lo dicho más arriba *no concebimos la acción revolucionaria prescindiendo del peronismo, ni creemos que el remedio para las fallas que le hemos señalado consista en formar nuevos partidos, que si estuviesen, tal vez, exentos de ellas, también estarían exentos de los contenidos que hacen del peronismo la expresión de la clase trabajadora argentina.* Con lo cual, no estamos negando importancia —todo lo contrario— a los vicios del peronismo, sino sosteniendo que no desaparecerán porque otros nucleamientos se postulen para el relevo, sino como avance del propio caudal humano nucleado bajo sus banderas. *El peronismo expresa las limitaciones de nuestra propia sociedad nacional y encierra las posibilidades en este período, de superarlas colectivamente.*

Así como no concebimos la revolución sin el peronismo —en cuanto a movimiento de masas y no en cuanto a estructura político-sindical actual— tampoco creemos que sea misión que nos incumba exclusivamente a los peronistas. Lo que define la calidad exigida para la militancia a la altura de los requerimientos de esta etapa del proceso de liberación nacional argentino, es la condición de revolucionario. *Y así como rechazamos las falsas "unidades amplias" que pretenden unir grupos e intereses no sólo heterogéneos sino también contrapuestos, antagónicos, rechazamos la sectarización que muchos pretenden imponernos a los peronistas. Y negamos toda división secundaria.* La calidad de revolucionario significa para nosotros coincidencia en los objetivos de liberar el país del imperialismo, liquidar su régimen social clasista y construir el socialismo y coincidencia en que esas aspiraciones sólo pueden lograrse mediante la acción armada promovida por la vanguardia y llevada a término por las masas populares.

Somos *peronistas*, actuamos en el seno del movimiento de masas, y no diferenciados de él. El papel que durante los años de gobierno peronista me ocupó así como en los años de la resistencia posteriores a la Libertadora, como delegado personal de Perón al frente de nuestro movimiento, la lucha de nuestra compañera Alicia Eguren contra la tiranía implantada en 1955 y la difusión que tuvieron las durísimas condiciones de su largo encarcelamiento —que además de las protestas de los sectores más diversos motivaron que Perón las expusiera en un libro—, la participación en la resistencia peronista desde la primera hora de gran número de compañeros, entre los que no podemos dejar de mencionar en emocionado homenaje, por cuanto fue un revolucionario cabal, a Domingo Blajakis, asesinado a mansalva el año pasado, la combatividad de nuestros militantes más jóvenes, que se fueron incorporando con el correr de los años y participaron en numerosos episodios de la lucha ilegal peronista, son sólo algunos de los hechos que explican que, pese al terrorismo ideológico imperante, hasta la prensa imperante, aunque con aditamentos a *placere* según la inspiración del redactor de turno, nos califique de "la izquierda del peronismo", "castro peronistas", "peronistas-marxistas", etc.

La *vanguardia revolucionaria es para nosotros la izquierda del peronismo*, y no porque nos autoconfiamos excelsas superioridades, sino porque creemos que el proceso hacia la movilización revolucionaria de las masas se dará desde el seno de éstas. De cualquier manera, no pretendemos ser los titulares únicos de esa condición: nos basta con ser una vanguardia revolucionaria. Cualquier sectarismo en esta materia, además de pueril, es falta de buen sentido; la lucha revolucionaria será un largo proceso y poco importa cómo se denomine la fuerza en que finalmente se nuclearán todas las voluntades convergentes de la lucha libertadora.

La misión del peronismo —y su responsabilidad— de ser el eje del esfuerzo liberador es histórica y no providencial. Si no sabemos ponernos a su altura, otras formaciones vendrán a reemplazar nuestra vocación abdicada. Pero mientras tanto, así como no basta ser peronista para ser revolucionario, no se puede ser revolucionario y antiperonista. Ser antiperonista en Argentina 1968 es —sea cual sea el ropaje con que el antiperonismo aparezca—, lisa y llanamente una de las formas —no la única por cierto— de ser contrarrevolucionario.

La actitud frente al peronismo puede ser crítica hasta el extremo —la nuestra lo es—. No puede ser la de ignorarlo o desconocer sus valores. El peronismo no es una masa primitiva que necesita catequistas, ni éstos tienen títulos para erigirse en sus mentores. Los intelectuales pueden llevar el esclarecimiento a las masas, pero si tienen una perspectiva adecuada para ubicarse con relación a ella. Pues los intelectuales tienen la propensión a creer que las cosas existen porque ellos las piensan y desde que ellos las piensan. Pero el peronismo no les debe nada: existía antes que ellos se diesen cuenta. Fue su presencia, precisamente, la que reveló a importantes sectores de nuestra juventud universitaria la falsedad de las interpretaciones que se infundían sobre la realidad nacional. Por lo tanto, son ellos los que están en deuda con él por haberlos ayudado a liberarse de los mitos alienantes de la cultura semicolonial. Sea como fuere, el frente de liberación será sumamente amplio y en él la juventud con formación intelectual y técnica cumplirá funciones de valor inapreciables.

En cuanto a Perón, otro misterio para muchos extranjeros y para muchos argentinos, hay que recordar el papel positivo que ha cumplido en todo este período como centro de cohesión de una multitud inmensa, punto de referencia

hacia el cual se han vuelto las miradas para unificar criterios en las encrucijadas de la historia de estos años. Perón es el máximo valor de la política democrático-burguesa en la Argentina, un premarxista que, por inteligencia y por conocimientos generales sigue la evolución que toma la historia y simpatiza con las fuerzas que representan el futuro, lo cual no significa que sea en este momento el destinado a trazar una política revolucionaria, entendida como unidad de teoría, organización y métodos de lucha.

Este previo boceto no responde simplemente al deseo de completar un cuadro de nuestra realidad política, sino de fijar lo más nítidamente posible un factor que seguirá operando en el medio donde se desarrollará nuestra acción. Por que el mito de Perón perdurará.

Ese mito de su persona no es una torpe idolatría de las masas sino un síntoma de rasgos positivos. Porque los trabajadores no son imbéciles y ven que a diez años de su caída, el Movimiento no ha progresado nada hacia el poder. Pero, al afirmar su fe en Perón, al reconocerle implícitamente, una infalibilidad que se da por sentada, pero sobre la cual no desea discutir, al dotarlo de condiciones excepcionales y posibilidades casi mágicas de triunfo, el hombre de nuestra base no hace sino proyectar hacia el jefe lejano algo que anhela y que la sucia realidad en que se mueve no le ofrece; y, además, Perón no sólo es el artífice de la única época en que el obrero fue feliz —década que el tiempo y el drama de hoy embellece aún más en la nostalgia—, sino algo más importante: es el recuerdo, el símbolo, de la primavera revolucionaria del proletariado argentino, del momento cenital de las grandes conquistas sociales y las reivindicaciones nacionales. Por eso, su mito se alimenta tanto de la adhesión de los obreros como del odio que le profesa la oligarquía, no atenuado por los años porque es el reverso del amor de los humildes. Creer que ese liderazgo pueda ser suplantado por la superioridad en los planteos o por la capacidad de la conducción política es ignorar todo eso. La brillantez de Perón en la vivencia popular, empalidecerá a todos los astros que se alcen en el firmamento de la lucha de la clase trabajadora.



Pero los nuevos mitos que han de ir surgiendo en la vivencia del pueblo —sin anularlo— se darán desde un plano donde no es necesario que entren en colisión con el suyo. Perón se interpone, para bien o para mal, en el camino de políticos y liderazgos reformistas, no en los liderazgos que no dupliquen su papel sino que surjan como productos de nuevas formas de lucha. El pueblo no encontrará incompatibles su lealtad peronista con su adhesión a hombres y grupos del Movimiento que le abran nuevas perspectivas para continuar en la trayectoria que quedó trunca, parecería que definitivamente.

Desde la lucha armada, Perón no es y no será un obstáculo, por cuanto existe una clara y necesaria continuidad histórica entre el proceso iniciado bajo su liderazgo el 17 de octubre de 1945 con las banderas de justicia social, independencia económica y soberanía política, y el proceso revolucionario que hoy comienza a desarrollarse bajo otras formas de lucha pero manteniendo e integrando en un proceso superador las banderas iniciales. En el laberinto de la política a ras del suelo a que nos tienen acostumbrados nuestros burócratas, Perón parecería estar bloqueado vaya a saber qué caminos. Desde la altura de las formas superiores de la lucha revolucionaria, no obstruye nada. El pueblo se resiste a abandonar sus ídolos acreditados en el milagro, por otros no probados. Pero no a acumular la influencia de unos y otros. El prestigio de la conducción revolucionaria de esta nueva generación —como heredera y continuadora de la anterior— se cargará con el magnetismo de su antiguo prestigio, llevando, a través de esta síntesis, al pueblo, después de años de derrota y proscripción, a nuevas, gloriosas, y, esta vez sí definitivas victorias.

Al servicio de esa misión histórica se hallan dedicados los esfuerzos y las luchas de Acción Revolucionaria Peronista que pretende así ser uno de los puntos de nucleamiento, aunque no el único, de tantas voluntades dispersas revolucionarias con que cuenta potencialmente el peronismo. Y creemos que la magnitud de la tarea justifica cualquier sacrificio en el camino a su concreción.

EL SALVADOR: armas para Flores

El 25 de febrero de 1982, un nuevo y triste récord estaba siendo batido por la administración militar. Solamente aventajado por Singapur, nuestro país disputaba el segundo lugar entre los países que mayores beneficios habían proporcionado a los inversores yanquis durante los dos últimos años. Medio dólar por cada dólar invertido. El 50 por ciento de las ganancias en sólo dos años.

Sin embargo, la administración militar no estaba dispuesta a quedarse en tan importantes progresos económicos.

Después de haber prestado un patriótico servicio a las dictaduras de los países limítrofes, al asesinar en territorio argentino a sus principales opositores (recordemos a modo de ejemplo al Gral. Torres, al senador uruguayo Michelini, a los ocho estudiantes bolivianos y peruanos asesinados en Córdoba, etc.), después de haber contribuido decisivamente en el golpe que evitara la legítima asunción de Siles Suazo a la presidencia de Bolivia, después de haber realizado impunes incursiones en territorio peruano para secuestrar exiliados argentinos, después de intentar exportar el Terrorismo de Estado a México para atentar contra exiliados políticos, después de tantos y tan importantes servicios al imperialismo americano y a las oligarquías nativas, el General Leopoldo Fortunato Galtieri tenía que corresponder al tratamiento de majestuoso otorgado por altos funcionarios del Departamento de Estado, con motivo de ascender a la ocupación de Presidente.

Apenas en unos meses Galtieri está haciendo saltar en pedazos la escasa credibilidad de la diplomacia argentina. Ni qué decir de la tradición liberadora del Ejército argentino que la oligarquía ha logrado domeñar.

El mismo 25 de febrero de 1982, el General José Antonio Vaquero, en nombre de su colega Galtieri, condecoraba al Cnel. salvadoreño Rafael Flores Lima, de visita oficial en nuestro país, para llevarse subrepticamente las armas, el dinero y los uniformados que la Junta Militar había prometido a Reagan.



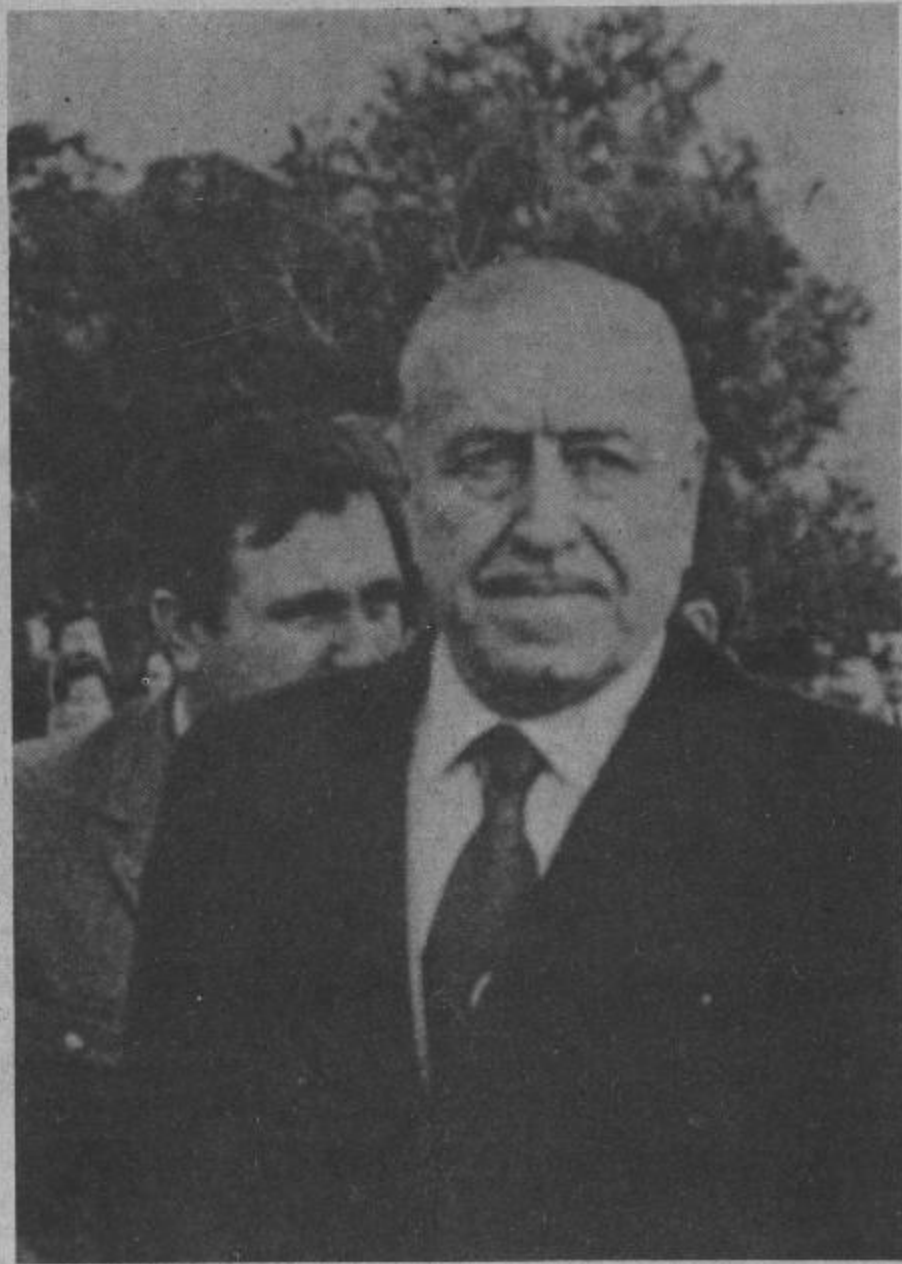
Las armas que apuntan al Pueblo Argentino disparan ya contra el Pueblo Salvadoreño, empuñadas por comandos argentinos. No quieren que se repita otra Nicaragua, pero ignoran que los pueblos que se adueñan de su historia luchan hasta triunfar o morir.

La liberación de El Salvador será un fracaso compartido del imperialismo americano y de la dictadura argentina. Y nuestra propia liberación un triunfo para el Pueblo salvadoreño.

Como solía repetir el General Perón, el año 2000 nos encontrará unidos o dominados.

¡Solidaridad con El Salvador!

**POR UN 11 DE MARZO
QUE NOS CONDUZCA
A LA VICTORIA DEFINITIVA**



BDIC

Apdo. Postal 9133 - Madrid - España -